



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12408

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jera.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.
y la de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración Mayor, 24

SABADO 7 DE MARZO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras au-
ténticas.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cassini, 11,
y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA. Caballos 15

Oído á la caja

En nuestro número de ayer in-
seríamos el programa de las fies-
tas que celebrará Lorcá la venide-
ra Semana Santa. Aparte algunos
festejos profanos que no atraerán
un solo forastero, se celebrarán
las tan hermosas procesiones que
son la admiración de todos, de
propios y extraños.

En Murcia se prepara también
un programa lucido. Habrá toros,
cabaletas históricas y otros festejos
de gran lucimiento, amén de las
fiestas religiosas a las que dan
gran realce las imágenes de Sal-
zillo.

A ver unas y otras irá mucha
gente y vendrá de Madrid un tren
bolijo, con lo cual Lorcá y Murcia
sacarán la tripa de mal año.

En tanto, Cartagena... tendrá
que tomar lo que le dan y donde
se lo dan, es decir, en la ciudad de
las siete coronas y en la ciudad del
sol.

Porque esto no se afirma; per-
manece en reposo y en silencio
como si esa quietud no fuese sínto-
ma mortal.

Los californios siguen esperando
que los guemios hablen y según
nuestras noticias permanecen mu-
dos. Si duda no les tiene cuenta

que haya procesiones o esperan
que, como otros años, vayan a so-
licitarlos a sus domicilios los co-
frades.

Todo se andará, por que, aun-
que parezca mentira, hay un pro-
cesionista cuyo entusiasmo no se
enfria a pesar de esta glacial indi-
ferencia que sienten los interesa-
dos en que haya procesiones. Pre-
cisamente ayer vimos una comi-
sión de cofrades y supusimos que
iba explorando voluntades.

Y ocurrirá lo que todos los años:
muchos ofrecerán por compromiso
capacidades ínfimas; algunos, darán
un, no como una casa, por todo do-
nativo y los peticionarios se saeri-
ficarán una vez más, protestando
que será la última y afrontando
el déficit que resalte luego.

¿Puede ser eso justo? ¿Es si-
quiera conveniente para asegurar
la celebración de procesiones en
los años futuros? No lo es, no. Lle-
ga ya el día en que los procesionistas
se cansen, que al fin y al cabo los
desengaños producen su efecto y
entonces, no ya salir a explorar
voluntades ni llamar a los gre-
mios para solicitar su ayuda, pero
ni siquiera la aceptación ofrecida
voluntariamente.

De los marrajos no sabemos na-
da; ni aun el elemento joven que
ha sido los años pasados el que se
ha movido para arrastrar a los
reacios, se mueve en este instante.

Y el tiempo, para el plazo se
acorta, el entusiasmo procesional
no se despierta, ni los grandes
ofrecen su concurso.

¿Qué se espera? ¿Que se echo la
semana santa encima y ya no me
de tiempo para nada?

Pues habrá entonces que tomar
lo que den en la sultana del Segu-
ra y la ciudad del Sol. Y como lo
que ofrecen en ambas poblaciones
son programas lucidos de fiestas,
a presenciarlas marcharán los car-
tageneros dejando la ciudad de-
sierta.

Todavía es tiempo; pero si pasa
una semana más, se habrá hecho
imposible la celebración de proce-
siones, aunque para sacarlas se
preste la mayor ayuda.

Entonces será tarde.

CANTARES

Lleno de sombras y nubes
aquel día amaneció,
pero más sombra de lasto
dentro de mi corazón.

Vivo sin querer vivir
que en mi vida hallo la muerte
pues seré penas mañana
las esperanzas que ofrezco.

He llorado aquel amor
como se llora a un cadáver
que en el mundo se adora.

Eres lo mismo que el perro
que en el cortijo tenías,
que a todo el mundo ladraba
pero a ninguno mordía.

Al cordero de mi calle
le voy tomando cariño
solo porque de sus manos
las cartas tuyas recibí.

De cuantos besos he dado
el más tierno y el más grande

Y una muerte en la dil...
Narciso Díaz de Escovar.

Tristeza y desesperación

Esta «luna», ha sido una de las más ne-
fastas. Apenas pasa día sin que ocurran
atropellos de tranvías ó camiones, críme-
nes espantosos ó siniestros temichundos.
Los periódicos apacian el fallimiento de
personalidades ilustres, y sus cuartas pla-
nas parecen conglomerados de tantas cruces
negras como exhiben, coronando las oca-
siones mortuorias. Buena entrada de Cuare-
ma!

Ya estamos en pleno imperio de las espí-
ritas y del beldad. La carne huye, á la
vez de nuestras mesas y de nuestras con-
ciencias.

Todo para el sepulcro, para los guapi-
llos de las tumbas! La alegría de vivir pa-
rece un crimen en nuestro Rijnadán; hay
que ponerse bien con Dios, después de ha-
ber festejado al diablo.

Hasta el tiempo, hermoso y espléndido
durante el pasado Carnaval, tiene mal ca-
riz. Algunas briznas, precursoras de nini-
los pléticos de agua, obscurecen la at-
mósfera, contribuyendo a poner las satí-
raciones en esa penumbra tan propia y
adecuada del período cuarenesal.

Se van muriendo los pocos hombres ap-
tales que tenemos, y ya quedando, como
dijo el otro, «lo peor de cada casa». En es-
ta especie de desfilé tenebroso, se ha podido
comprobar que la Gran Fca, esto es, la so-
ñora de la guafía, no distingue de «to-
res» el misterio «corta» el hilo de la existencia
por la derecha «ña» por la izquierda. Los
buecos se van en todas partes.

Y eso que vamos hacia la primavera!
Da pena considerar que ahora, cuando las
violencias se abren y aparecen los primeros
capullos de flores, sea cuando se cierran
para siempre los ojos de tanto «procto». Las
senadurías rituales, las sillones «ademi-
cos», los puestos prominentes que van que-
dando vacantes en la política, la literatura,
las artes, etc., son demasiados numerosos.
La estadística necrológica es terrible!

En los preludios otoñales, cuando cae la

luz y se ve una preparación para «ab-
viento» pareciera que se resigna uno más a
climato a la pérdida de estos ilustres «per-
sonajes», pero ahora no.

¿Qué consistirá que ahora «caen» «go-
dos» y «no» la entrada del invierno? «Ema-
so» que la primavera es incompatible con
esos venerables señores, que tantos «dado-
gloria», cada cual por su estilo, han «dado-
a la patria» y que por el contrario, el in-
vierno es enemigo acérrimo de las «atura-
leza» «debiles» que principian.

Recuerdo que en pleno otoño, y al tiempo
que el invierno, fueron los jóvenes los que
según locución ya «demasiado» «usual», «pe-
garon el pato» «conquistado» de la «existen-
cia».

Penetramos en la Cuarema, con la mis-
ma emoción que los viajeros de un tren en
un túnel demasiado largo. De la plena luz,
del pleno sol, del pleno día, pasamos casi
bruscamente a las tenebrosidades de la no-
che más profunda.

La espléndida luz solar queda subitál-
da por un débil farolillo de aceite. Mientras
el gigante de hierro se desliza y avanza
dentro de su agujero, parece que la vida
queda en suspenso y el corazón experimenta
ta indecibles angustias.

Peró la luz natural, y luego, las tinieblas
se van disipando a medida que el tren se
aproxima al agujero de salida y llega un
momento en que dejamos atrás «un túnel»
recobrando el pleno de la naturaleza. Viva
«Resurrección».

Que lejos está todavía el domingo de
Resurrección!

Abel Turi.

LAS CUENTAS DE LA CRUJIDA

Desde que comentamos las últimas cuen-
tas que dió al público, para satisfacción de
este y de su conciencia, la Junta de go-
bierno del benéfico y consolador asilo en
que el pobre enfermo encuentra asistencia
caritativa y la salud del cuerpo, ha pasado
un año, pero no la caridad de Cartagena.
Esa hermosa virtud, que es la principal de
esta población, sigue dando sus frutos cada
vez más copiosos.

Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.

LA MUERTE

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 45

LA MUERTE

A un amigo del último, Zekher, Ivanovich, cirujano,
tendencia muy favorable para Ivan Ilich, amigo de
este abuelo, así en la casa de la familia.

En Moscú oyó un amigo de la familia que un
llago a San Petersburgo: fue a ver a Pakhar Ivan-
ovich, que le prometió una compensación en el mismo
Ministerio.

Un día después telegrafió a su mujer: «Zakhar,
el pueblo de Miller: primer cambio, no más trabajo
seguro».

Merced al cambio de personal, Ivan Ilich entró
tal ascenso en su carrera, que se encontró de un salto
dos grados más arriba que sus antiguos compañeros
y con un sueldo de cinco mil rublos y tres mil quinien-
tos para gastos de oficial.

Oviedo en su ojo contra los enemigos de la visperdy
contra el Ministerio, y se ostentó completamente feliz.

«Volvió al trabajo, activo y jovial como hacía mucho
tiempo no estaba. Praskovia compartió su alegría, y
la paz se restableció entre ellos.

Refirió la honrosa acogida que había tenido en San
Petersburgo, la confusión de sus enemigos que, llenos
de envidia, escuchaban ahora su favor, y el mucho caso
que de él se hacía en elevadas regiones.

Praskovia le escuchaba, aparentaba darle crédito,
no le contradecía lo más mínimo, y se alimentaba a

formar proyectos de instalación en la ciudad en que
iban a establecerse.

El reconocía con placer que los planes de su mujer
estaban contrariando los suyos, y que su vida, por
un momento desquiciada iba al fin a renovar su mar-
cha regular, llenada de encanto y de dignidad.
«Sólo había regresado por un tiempo! El 10 de Sep-
tiembre tenía que tomar posesión de su destino. Neco-
saba además algún tiempo para levantar la casa,
haberse comprado y vendido, en una palabra,
para instalarse como se había convenido entre su mu-
jer y él.

Ahora que todo se arreglaba perfectamente, y que
toda bien se entendía con ella, ahora sabiendo que tan-
do tarde en tardarse veían, sus reacciones tomaron un
aire de cordialidad, que desde su matrimonio jamás
habían conocido.

Ivan Ilich había pensado al principio en llevarse
inmediatamente a su familia consigo; pero los ruegos
del hermano y de la guafía, que de repente se trans-
formaron en amables y excelentes deudos, le obliga-
ron a marcharse solo.

Púsose, pues, en camino. El buen humor produci-
do por su triunfo y por la reconciliación con su mujer,
no le abandonó un instante. Encontró una casa mag-
nífica, precisamente como la habían soñado los dos:
salas altas y anchas y espaciosas, a la antigua, gabi-

rían imitar a las ricas, y que, en efecto, «sólo» «habían»
a imitarlas; tapices, cbanos, flores, alfombras, «bue-
ces de un tono ya oscuro, ya brillante, en una pala-
bra, todo lo que reúne la «gusto» de «clase» para
parecerse a la de «ella». En su casa todo parecía tan
bien, que hasta mereció una «atención» particular por
más que todo le pareciera original.

Fue a esperar a los suyos a la estación, y los ade-
más pasó a la casa recién decorada y luminosa, donde
había, con cortina blanca, las abito la puerta del
vestibulo adornado con profusión de flores. Luego
sitaron el salón y el gabinete, pasando a cada paso
exclamaciones de sorpresa y prodigando elogios que
le llenaban de orgullo; también radiante de felicidad
iba escuchando todas las «hablaciones».

Aquella misma noche, tomando el té, Praskovia le
preguntó en el curso de la conversación cómo se ha-
bía caído, y él se echó a reír y luego representó ab-
vivo la caída y el susto del capicero.

Por a go soy yo en «gimnasia». Otro se hubiera
quedado en el sitio; pero yo sólo me di un «bugeo»-
pe, aquí, cuando me toco me dales pero ya se va
pasando. No es más que un cardenal.